

Bien es verdad que, aunque esté sano el cuerpo, no está ya sano el espíritu si no antepone lo eterno a lo temporal, puesto que no se alcanza utilidad alguna en esta vida si no se negocia en méritos para la eterna. Luego no cabe duda de que todas las cosas que pueden desearse útil y decentemente han de ser referidas a aquella vida en la que se vive con Dios y de Dios (*ep* 130,7,14).

185. Hay muchos que piden lo que no deberían, por desconocer lo que les conviene. Quien invoca a Dios, debe precaverse de dos cosas: pedir lo que no debe y pedirlo a quien no debe. Nada hay que pedir al diablo, a los ídolos y demonio. Si algo hay que pedir, hay que pedirlo a nuestro Señor Jesucristo; a Dios, padre de los profetas, apóstoles y mártires, al Padre de nuestro Señor Jesucristo, al Dios que hizo el cielo y la tierra y todo cuanto contienen. Mas hemos de guardarnos también de pedir lo que no debemos. Si la vida humana que debemos pedir la pides a ídolos mudos y sordos, ¿de qué te sirve? Lo mismo si pides a Dios Padre la muerte de tus enemigos, ¿qué te aprovecha? ¿No oíste o leíste, en el salmo que habla del detestable traidor Judas, lo que dice respecto de él la profecía: *Su oración le sea computada como pecado (Ps 108,7)*. Si, pues, te levantas para pedir males para tus enemigos, tu oración se convertirá en pecado (*serm* 56,2).

Ignoramos lo que hemos de pedir como conviene

186. Quizá me preguntes aún por qué dijo el Apóstol: *No sabemos lo que hemos de pedir como conviene* (Rom 8,26). No hemos de pensar que él o los cristianos a quienes esto decía ignoraban la oración dominical. Por otra parte, no pudo hablar temeraria y falsamente. ¿Por qué dijo esto, sino porque de ordinario aprovechan las molestias y tribulaciones temporales para curarnos el tumor de la soberbia, o para probarnos y ejercitarnos en la paciencia, a la que se asigna mayor y más noble premio cuando está probada y ejercitada, o, en fin, para borrar y castigar cualesquiera pecados? Sin embargo, como nosotros no vemos el provecho, deseamos vernos libres de toda tribulación (*ep* 130,14,25).

187. En estas tribulaciones, que pueden ocasionarnos utilidad y ruina, no sabemos lo que hemos de pedir como conviene. Y, sin embargo, porque son molestas, porque van en contra de nuestra debilidad natural, todos coincidimos en pedir que se nos libre de ellas. Pero a nuestro Señor debemos la merced de pensar que no nos abandona cuando no nos las quita, sino que nos animamos a esperar mayores bienes soportando piadosamente los males. Y de este modo la virtud se perfecciona en la enfermedad. El Señor, airado contra algunos, que se lamentaban, les concedió

lo que pedían, mientras se mostró piadoso al negárselo al Apóstol. En efecto, leemos lo que pidieron y lo que recibieron los israelitas. Mas, una vez satisfecha la concupiscencia, fue duramente castigada su impaciencia. Cuando le pidieron un rey según el corazón de ellos y no según el de Dios, se lo concedió también. Hasta al diablo le otorgó lo que pedía para que fuese tentado y probado su siervo Job. Escuchó también a los inmundos espíritus que le pedían permiso para entrar en la pira de cerdos.

Esto se escribió para que nadie se enorgullezca si Dios le escucha cuando pide con impaciencia lo que no le convendría pedir, y juntamente para que nadie se apoque y desespere de la divina misericordia para con él, si Dios no le escucha cuando quizá pide algo cuya recepción sería riguroso tormento o ruina, por dejarse el beneficiario corromper por la prosperidad. En esos casos no sabemos pedir como conviene. Si algo acaece en contra de lo que hemos pedido, hemos de tolerarlo con paciencia, dando por todo gracias a Dios, sin dudar lo más mínimo de que lo más conveniente es lo que acaece por voluntad de Dios y no por la nuestra (*ep* 130,14,26).

188. En esta vida, hermanos, os aconsejamos y exhortamos en el Señor a no pedir algo como incontrastable o incontrovertible, sino lo que sabe Dios que os conviene. Muchas veces lo que

creéis que aprovecha, perjudica, y lo que creéis que os daña, aprovecha. Estáis enfermos; no dictaminéis al médico los medicamentos que ha de recetar. Si el apóstol Pablo, Doctor de las gentes, dice: *Ignoro lo que debo pedir como conviene, ¿cuánto más lo ignoraremos nosotros (in Ioan 53,5).*

189. No obstante, cuando a nosotros nos delecta el mal y nos asquea el bien, antes debemos pedir a Dios la delectación en el bien que la concesión del mal (*in Ioan 73,1*).

Pidamos de continuo el don de la perseverancia final

190. Dos cosas hemos de pedir con toda seguridad: aquí, la vida santa, para el mundo futuro, la vida eterna. Desconocemos si las restantes cosas nos serán útiles o no... Sin temor de ninguna clase pide la vida santa y la vida eterna; la primera para merecer a Dios aquí, y la segunda, para ser coronado por Él allí. Pero ¿en qué consiste la vida santa? En amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y amar al hermano como a ti mismo. Amemos, pues, a nuestro Dios, amémonos en la unidad del mismo Dios, tengamos paz con Él y amor entre nosotros, para que cuando venga el mismo Cristo,

nuestro Señor, podamos decir: «Señor, con tu ayuda hicimos lo que nos mandaste; por tu misericordia danos lo que nos prometiste» (*serm Morin 4,6*).

191. Pero, puesto que Él dijo: *Sed santos, porque yo soy santo* (Lev 19,2), pedimos y rogamos que los que fuimos santificados en el bautismo perseveremos en aquello que comenzamos a ser... Y pedir lo que ya hemos recibido, ¿qué es sino pedir que se nos conceda también el no dejar de poseerlo? Así, pues, cuando el santo suplica al Señor que sea santo, pide ciertamente que perseverar siendo santo; y lo mismo el casto, que pide ser casto; el continente, continente; el justo, justo; el piadoso, piadoso, y todo lo demás que ... defendemos que son dones de Dios; no hay duda que piden la perseverancia en esos bienes que bien saben que han recibido. Si lo reciben, ciertamente reciben la misma perseverancia, que es el gran don de Dios, que conserva todas sus dádivas (*de dono pers 2,4*).

192. Dios es testigo no sólo de tus palabras, pero también de tus pensamientos. Si con sinceridad y con fe pides algo a tan gran Señor, cree que lo recibes de aquél a quien pides; no quieras honrarlo con la boca y anteponerte a Él en tu corazón creyendo que es cosa tuya propia aquello mismo que finges pedir. O ¿es que no le pedimos

a El esta perseverancia? Al que esto diga, ya no tengo que refutarlo con mis razones, sino abrumarlo y convencerle con los testimonios y afirmaciones de los santos. ¿Hay, acaso, alguno de éstos que no pida continuamente a Dios la perseverancia, cuando al recitar la oración dominical no se hace otra cosa que pedir dicha dádiva divina? (*de dono pers 2,3*).

193. La oración te advierte que necesitas la ayuda de tu Señor, para que no pongas en ti mismo la esperanza del buen vivir. No oras para recibir riquezas u honores del presente siglo o logros de vanidad humana, sino para no caer en la tentación. Si el hombre se lo pudiese dar a sí mismo con la voluntad, no lo pediría en la plegaria. Si bastase la voluntad para no caer en la tentación, no oraríamos; aunque, si faltase la voluntad, tampoco oraríamos. Está bien, pues, que queramos, pero oremos para lograr lo que queremos, cuando por un don de Dios tenemos un recto entendimiento. Y, pues, recibiste ese don, da gracias por él. Porque ¿qué tienes que no hayas recibido? Si lo recibiste, cuida de no gloriarte como si no lo hubieses recibido, esto es, como si lo hubieses podido lograr de ti mismo. Sabiendo de quién lo recibiste, pídele que te lo perfeccione, pues Él te permitió comenzar. Trabaja en tu salvación con temor y temblor, pues Dios es el que obra en ti el querer y el consumir según la buena

voluntad. Porque el Señor prepara la voluntad y dirige los pasos del hombre, y entonces éste quiere su camino. Este santo pensamiento te mantendrá, para que tu sabiduría sea piedad, es decir, para que seas bueno por obra de Dios y no ingrato a la gracia de Cristo (*ep* 218,3).

194. Dios nuestro Señor ha querido que le pidamos el no caer en la tentación, porque si no caemos, de ningún modo nos separaremos de Él. No hay que dudar que podía darnos esto sin pedírselo, pero quiso que nuestra misma oración nos revelara a quién debíamos estos beneficios. ¿De quién sino de aquél a quien se nos mandó que se lo pidamos? Por consiguiente, no tiene la Iglesia en esta cuestión que hacer difíciles indagaciones y sí solamente atender a sus oraciones. Ora la Iglesia a fin de que los incrédulos crean, y Dios los convierte a la fe; ora para que los fieles creyentes perseveren, y Dios los convierte a la fe; ora para que los fieles creyentes perseveren, y Dios da la perseverancia final (*de dono pers* 7,15).

X. LA ORACION PERSEVERANTE

Sed constantes en la oración, advierte San Agustín a sus monjes (*Regula* 3,1). Y es que tenemos una necesidad grande de orar, y orar «sin desfallecer»; primero, porque la oración frecuente y reiterada es más sentida, y, segundo porque, entre sus contenidos, existe una serie de bienes indispensables para la salvación que el cristiano debe pedir, una y otra vez, con toda insistencia. La importunidad y la instancia son requisitos ineludibles de la actitud orante. Al no creyente, que vive de la fe, en la esperanza y caridad de Dios, Cristo le recomienda la perseverancia en las peticiones hasta lograr lo que se pide. Conviene a este respecto imitar la conducta de la mujer cananea, que, esperanzada y humilde, persevera en su empeño de oración a pesar del aparente rechazo por parte de Cristo (*serm* 77,1; *in Ps* 58,s,1,15; *sermo Mai* 26,3; *serm Morin* 4,4). Dios no desdeña al que pide, sino que prueba al que busca. Cuando dilata la concesión de sus beneficios, ejercita el deseo y ensancha la caridad de los suplicantes «para que, como fuego avivado por

el soplo, se inflame con mayor vigor» (in Ps 87,14). Por eso, San Agustín insta a los cristianos que sean exigentes y reiterativos en sus peticiones. La perseverancia en la oración dilata el espíritu para desear y pedir grandes cosas.

Mientras el hombre peregrina y está en este mundo debe orar insistentemente y sin descanso, a ejemplo de aquella mujer del Evangelio, cuya conducta nos alecciona para que no desfallezcamos en la oración, pues pidiendo y buscando se acrecienta el deseo de pedir y se obtiene el exigido crecimiento para recibir el don de Dios (*serm* 61,6).

Mientras estemos aquí, oremos

195. Aunque el Señor nos haya prohibido el mucho hablar, puede causar extrañeza el que nos haya exhortado a orar, siendo así que conoce nuestras necesidades antes de que las expongamos. Dijo en efecto: *Es preciso orar siempre y no desfallecer* (Lc 18,1), aduciendo el ejemplo de cierta viuda: a fuerza de interpelaciones se hizo escuchar por un juez inicuo, que, aunque no se dejaba mover por la justicia o misericordia, se sintió abrumado por el cansancio. De ahí tomó Jesús pie para advertirnos que el Señor, justo y misericordioso, mientras oremos sin interrupción, nos ha de escuchar con absoluta certeza,

pues un juez inicuo o impío no pudo resistir la continua insistencia de la viuda (*ep* 130,8,15).

196. Dice también el Evangelio: Un hombre a cuya casa había llegado un huésped, *se acercó a la de un amigo, y comenzó a llamar y a decir: «Me ha llegado un huésped, préstame tres panes». El le respondió: «Estoy ya descansando y también mis siervos conmigo».* No cesa, sigue allí en pie, insiste, llama; como amigo mendiga de un amigo. ¿Y qué dice Jesús? *En verdad os digo que se levantará y le dará cuantos panes quiera, pero no por la amistad, sino por la molestia* (Lc 11,5-15). ¿Qué quiere decir *por la molestia*? Porque no deja de llamar, y, aún habiéndoselo negado, no se aleja. Quien no quería dar los panes, hizo lo que se le pedía porque el otro no se cansó de pedir. ¿Con cuánta mayor razón nos dará quien nos exhorta a pedir y es bueno; más aún, aquél a quien desagrada el que no pidamos? (*serm* 61,5,6).

197. Llama con tu oración al Señor mismo con quien descansa su familia, pide, insiste. No necesita ser vencido por la importunidad, como el amigo aquel, para levantarse y darte. Él quiere dar. Si llamando aún no has recibido nada, sigue llamando, pues desea dar. Difiere el dar lo que desea dar para que al diferirlo lo desees más ardentemente (*serm* 105,3,3).

198. Mientras estemos aquí, pidamos a Dios que no aparte de nosotros nuestra oración y su misericordia, es decir, que oremos con perseverancia y que se compadezca continuamente de nosotros. Muchos languidecen en la oración. En el comienzo de su conversión oran con fervor, pero después lo hacen lánguida, fría, negligentemente; lo hacen como si estuviesen seguros. El enemigo vigila, tú duermes. El mismo Señor dice en el Evangelio que *conviene orar siempre y nunca desfallecer...* Luego no desfallezcamos en la oración. Lo que ha de conceder, Dios no lo niega, aunque difiera. Estando seguros de la promesa, no desfallezcamos en la oración, pues también esto es igualmente don suyo (*in Ps 65,24*).

199. Si te socorriera al instante, no experimentarías la lucha; si no la experimentares, te soberbecerías como si se debiese a tus fuerzas, y, a causa de esa soberbia, nunca llegarías a la victoria. Está escrito: *Aún estarás tú hablando y ya te habré dicho: «Héme aquí»* (Is 58,9). Pero Dios está presente aun cuando retarda la ayuda, y porque la retarda está retardándola, no sea que satisfaciendo un deseo precipitado, no procure la curación completa (*serm 163,7,7*).

A ejemplo de la mujer cananea

Ya conocéis por el Evangelio, hermanos, cómo la mujer cananea con su perseverancia alcanzó lo que no pudo lograr al pedirlo una vez. El Señor, al diferir, ejercitaba su deseo, no negaba el beneficio. Sabía hasta dónde llegaría ella pidiendo, pues él mismo la instruía para eso. Primero la llamó perro, y después dijo: *¡Oh mujer, qué grande es tu fe!* (Mt 15,28). Recibido el beneficio, se marchó gozosa; primero fue cambiada y después alegrada. ¿Hasta qué punto cambiada? De perro pasó a ser mujer. ¿Y qué clase de mujer? Mujer de gran fe. Paso de gigante el suyo; ¡cuánto progreso en un momento! Por eso se hacía rogar el Señor, quien mandó *orar siempre y no desfallecer...* Eso hizo la cananea: pidió, buscó, llamó, recibió. Ella lo hacía para que su hija fuese liberada del demonio, y lo logró: la hija quedó curada desde aquel punto. ¿Acaso, una vez curada la hija, iba a volver a pedir? Buscaba, pedía, llamaba hasta recibir: recibió, se regocijó y se marchó. Y no sé lo que es, o mejor, sé que es gran cosa aquello por lo que es necesario orar siempre sin desfallecer. Más que la salud de una hija es la inmortalidad de la vida. Esto es lo que conviene pedir siempre hasta el fin, mientras se vive aquí, hasta que se viva sin fin allí donde ya no hay petición, sino exultación (*serm Morin 16,1*).

201. Esta mujer cananea nos ofrece un ejemplo de humildad y un camino de piedad. Nos enseña a subir desde la humildad a la altura... Ella gritaba, ansiosa de obtener el beneficio, y llamaba con fuerza; Él disimulaba, no para negar la misericordia, sino para estimular el deseo, y no sólo para acrecentar el deseo, sino también, como antes dije, para recomendar la humildad. Clamaba, pues, ella al Señor, que no escuchaba, pero que planeaba en silencio lo que iba a ejecutar (*serm* 77,1).

202. Así nos enseña a buscar para que encontremos; a pedir, para que recibamos; a llamar, para que nos abran. ¿Por qué entonces el Señor se negaba a dar lo que le pedían? ¿Acaso carecía de misericordia? No, pero quien difería el conceder, sabía cuándo había que conceder; no negaba su propio beneficio, sino que ejercitaba el deseo del orante (*serm Guelf.* 33,1).

203. ¿Qué nos enseñan todas estas cosas sino que, cuando lo que pedimos a Dios es cosa buena, hemos de perseverar en la oración hasta que la recibamos, con el deseo de quien suspira por ella? Pues Dios difiere el dar a quienes le piden para ejercitarlos en el deseo (*serm Morin* 4,6).

«No se niega el premio, pero se ejercita el deseo»

204. Ciertamente que muchas de las cosas que pedimos, aun cuando las pidamos en su nombre, es decir, en nombre del Salvador y según las normas de su magisterio, no las hace cuando las pedimos, pero las hace. Porque ni siquiera cuando pedimos que venga el reino de Dios lo hace en seguida, llevándonos a reinar con Él en la eternidad; no nos niega lo que pedimos, sino que nos lo aplaza. Esto no obstante, como buenos sembradores, no desfallezcamos en la oración, y a su debido tiempo haremos la cosecha. Y pidamos también, cuando pedimos con las debidas disposiciones, que no haga lo que no pedimos bien, pues a esto se refiere lo que pedimos en aquellas palabras de la oración dominical: *No nos dejes caer en la tentación* (Mt 6,13). Porque no deja de ser grave tentación una petición que va en contra de tu salvación (*in Ioan 73,4*).

205. ¿No veis repetirse esto cada día en la vida humana como dura e inexorable misericordia? ¡Cuántas cosas inconvenientes piden los enfermos a los médicos y cuántas les niegan los médicos por misericordia! Se las niegan por misericordia, pues el concedérselas es señal de crueldad. Esto lo sabe el médico: ¿puede ignorarlo Dios? Sabe tratarte así quien fue creado contigo, ¿y no sabe trataros a vosotros quien os creó a am-

bos? Amadísimos, en todas, absolutamente en todas las tribulaciones, en todos los temores, en todos los gozos, rogad a Dios que en las cosas temporales os conceda lo que Él sabe que os conviene. En cuanto a las cosas eternas, como *santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo* (Mt 6,9-10), y cosas semejantes, pedidlas tranquilos, pues no pueden ser perjudiciales. Elegid, amad, recoged, pues Él abre su mano y llena de bendiciones a toda alma. Y *cuando se los das los recogen* (Ps 144,16), dijo. Que nadie dude de los bienes superiores; aunque se difieran, se darán; no se niega el premio, pero se ejercita el deseo. Deseémoslo por largo tiempo, puesto que es algo grande lo que hemos de recibir. Tengamos sed de ello por mucho tiempo, pues beberemos de la fuente de la vida (*sermo Morin* 15,8).

206. Él mismo que sabe lo que da y a quien lo da, oirá al que pide y abrirá al que llama. Y si, por ventura, no se lo concediese, nadie se crea abandonado. Porque a veces difiere sus dones, pero no deja a nadie en su ansiedad (*in Ioan* 87,14).

207. Por eso, cuando pidas la vida eterna, cuando digas *venga a nosotros tu reino* (Mt 6,10), en que vivas seguro, en que vivas siempre, en que nunca lamentos al amigo ni temas al enemigo;

cuando eso pides, llora, derrama sangre interior, inmola a tu Dios tu corazón... ¡Oh deseo! ¿Qué hombre osaría desear si Dios no se hubiese dignado prometer? Ora: gran cosa es la que oras, pero mayor es quien prometió. Difícil es lo que prometió, a saber, que el hombre sea ángel; nada hay más difícil, pero todo es posible para Dios (*serm Morin 16,7*).

208. Luego digamos: *Confíe en el Señor* (Ps 39,2). Confíe, no en cualquier hombre prometedo, el cual hubiera podido engañar y ser engañado; no en cualquier hombre consolador, que puede consumirse por su tristeza antes de reanimarme. ¿Me consolará el hermano hombre que está triste como yo? Gemimos a una, lloramos a un tiempo, oramos juntos, mutuamente nos sostenemos. ¿A quién, pues, recurriremos si no es al Señor, que no anula las promesas, sino que las difiere? Sin duda las mostrará; las mostrará, porque ya manifestó muchas cosas, y en modo alguno debemos recelar de la veracidad de Dios, aunque todavía no hubiera manifestado nada. Creámoslo así; prometió muchas cosas, pero aún no ha dado nada. Es capaz prometedo y fiel dador; tú sé únicamente piadoso cobrador, y aunque pequeño, aunque débil, exige misericordia (*in Ps 39,2*).

209. Si a veces tarda en dar, encarece sus dones, no los niega. La consecución de algo larga-

mente esperado es más dulce; lo que se nos da de inmediato se envilece. Pide, busca, insiste. Pidiendo y buscando obtienes el crecimiento necesario para recibir el don. Dios te reserva lo que no te quiere dar de inmediato para que aprendas a desear vivamente las cosas grandes. Por tanto, *conviene orar siempre y no desfallecer* (serm 61,5,6).

XI. EFICACIA DE LA ORACION

Orar significa penetrarse de Dios, dialogando con Él, para traslucir acto continuo en la vida sus sentimientos, su voluntad y su querer, mediante la práctica de las virtudes. Si la oración es verdadera, Dios responde siempre con su ayuda, cuyo dinamismo y eficacia santificadora resume San Agustín en aquella irrepetible frase que sintetiza toda la teología de la oración: «Da lo que mandas y manda lo que quieras» (*Conf X,37,60*). A la luz de ésta y otras fórmulas similares no es difícil contestar a quienes piensan haber sido defraudados en sus plegarias. Dios, ante la insistencia de nuestras plegarias, actúa como el médico que atiende sólo a la salud de sus pacientes y como Padre bueno que procura para sus hijos lo mejor. Por otra parte, aplicado el criterio del *ordo amoris* a los contenidos de la oración, marca los correspondientes niveles de referencia preferencial de la misma: Dios, vida eterna, bienes materiales. Lo que determina también el orden de su eficacia. «Los santos son atendidos en todas sus oraciones; siempre son oídos respecto a su

salvación eterna. Esta es la que desea, y según ésta siempre son oídos» (*in Ep Ioan ad Parthos* 6,7). Nacida de un profundo sentimiento de pobreza y humildad, la oración tiende a ir transformándonos interiormente y reproducir en el alma los rasgos de Cristo. «La oración purifica nuestro caminar, esto es, el camino por donde caminamos a la perfección; y la oración es pura cuando oramos con verdad» (*de perfect iust hom* 9,20).

Lo importante, por consiguiente, no es ser escuchado, sino lo que se pide y en que la oración ha sido escuchada. Cuando Dios mismo ocupa el centro de nuestras peticiones y se ora con verdad, es decir, cuando a los bienes materiales se anteponen los espirituales y a los temporales los eternos, y el hombre se confiesa necesitado de ayuda, la oración es oída siempre.

Importa la salvación, no nuestra voluntad

210. Muchas cosas nos concedes cuando oramos; mas cuanto bueno hemos recibido antes de que orásemos, de ti lo recibimos, y el que después lo hayamos conocido, de ti la recibimos también (*Conf X,31,45*).

211. Pero no penséis y valoréis como algo grandioso el que uno sea escuchado cuando ora. Pregunta qué pide y qué petición le ha sido escu-

chada. No tengáis por cosa grande el ser escuchados en vuestra voluntad; considerad grande, en verdad, el ser escuchados en lo que es provechoso. También los demonios fueron escuchados en lo que querían... No consideréis, pues, como algo grande el que sea escuchada vuestra voluntad. Dios, a veces, te da airado lo que le pides, y otras veces, teniéndole propicio, te lo niega. Si le pedís lo que Dios alaba, lo que Dios manda, lo que Dios promete para el mundo futuro, pedidlo confiados y aplicaos cuanto podáis a la oración para conseguirlo. Tales cosas las concede Dios cuando le tenemos propicio; las concede no por ira, sino por misericordia. Cuando, en cambio, pedís cosas temporales, pedidlas con mesura y con temor; pedidle que os las dé si os conviene, y, si sabe que os dañan, que os las niegue. Qué daña y qué es provechoso, lo sabe el médico, no el enfermo (*serm 354,7*).

212. Muchos claman en la tribulación y no son oídos, pero en atención a la salud, no a su demencia..., a fin de que entienda el hombre que Dios es médico y la tribulación medicina para la salud, no castigo para perdición. Sometido a tratamiento, eres quemado, sajado, y gritas; pero el médico no atiende al deseo, sino a la salud (*in Ps 21,s.2,4*).

213. Mas distingamos los distintos modos que

Dios tiene de escuchar. Vemos que unos fueron escuchados no según los deseos de su voluntad, pero sí en orden a la salvación; vemos, en cambio, que otros fueron escuchados conforme a los deseos de su voluntad, mas no en orden a su salvación. Distinguir bien esto; gravad en vuestra memoria el ejemplo de aquél que no fue oído en cuanto al querer, pero sí respecto a su salvación. Oye al apóstol Pablo, porque Dios le manifestó que había sido escuchado en cuanto a la salud: *Te basta mi gracia*, le dice, *porque la fortaleza se prueba en la flaqueza* (2 Cor 12,9). Pediste, clamaste, tres veces clamaste; lo que pediste una vez, lo oí, no aparté mis oídos de ti; conocí que debía hacer. Tú quieres quitar la medicina con que eres cauterizado, yo conocí la enfermedad que padecías. Luego éste fue escuchado atendiendo a su salud, no a su voluntad; no fue escuchado según los deseos de su voluntad (*in Ep Ioan ad Parthos* 6,7).

214. No digas: no me dio esto o aquello. Entra en tu conciencia; sondea, interroga, no la perdones. Si verdaderamente invocaste a Dios, estate seguro que quizá no te dio lo temporal que querías porque no te había de aprovechar. Hermanos, se cimente vuestro corazón, el corazón fiel, el corazón cristiano, en esto. No os entristezcáis indignándoos contra Dios como si hubiérais sido defraudados en vuestros deseos; pues no conviene

dar coces contra el aguijón. Compulsad la Escritura. El diablo es oído, y no el Apóstol. ¿Qué os parece?... ¿Cómo fue oído el diablo? Pidió tentar a Job, y obtuvo el permiso. ¿Cómo no fue escuchado el Apóstol? *Para que no me ensoberbeciese, dice, con la sublimidad de las revelaciones, se me dio el aguijón de mi carne, ángel de Satanás, que me abofetee; por lo cual tres veces rogué al Señor para que lo apartase de mí, y me dijo: te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la flaqueza* (2 Cor 12,7-9). Oyó al que se disponía a condenarle, y no oyó al que quería sanarle. También el enfermo pide muchas cosas al médico, lo que el médico no le concede. No le oye en cuanto a su querer para oírle en atención a la salud.

Luego constituye a Dios por tu médico, y pídele la salud, y Él será tu salud: no como si Él fuese ajeno a la salud, siendo Él mismo la salud. Por otra parte, no ames otra salud fuera de a Él mismo, al estilo como se consigna en el salmo: *Di a mi alma: Yo soy tu salud* (Ps 34,3). Por lo demás, ¿a ti qué te importa lo que acontezca, qué te importa lo que te diga para entregársete? ¿Quieres que se te entregue? ¿Y si lo que quieres tener, no quiere Él que lo tengas con el fin de entregársete Él mismo? Él aparta los obstáculos para entrar en ti... ¿A quién prometió Dios algo y le engañó? (*in Ps 85,9*).

215. El Señor se muestra propicio cuando, amando mal, nos niega lo que amamos, y airado, cuando concede al amante lo que ama malamente... Cuando amamos lo que Dios quiere que amemos, no dudemos que nos lo dará (*in Ps 26,s.2,7*).

Quien invoca a Dios como Dios será oído

216. ¿Cómo se entiende lo que dice la Escritura en muchísimos lugares: *Me invocarán y no los oiré* (Prov. 1,28), siendo así que también es cierto *es misericordioso para con todos los que le invocan* (Ps 85,5), sino que algunos que invocan no le invocan? De éstos, pues, se dice: *No invocaron a Dios*. Invocan, pero no a Dios. Invocas a lo que amas. Invocas a todo lo que llamas hacia ti; invocas a todo lo que quieres que a ti venga. En efecto, si invocas a Dios para conseguir dinero, heredad, gloria mundana, invocas a estas cosas que intentas conseguir, constituyendo a Dios en ayudador de tus concupiscencias, mas no en oidor de tus deseos. Según tú, Dios es bueno si da lo que pretendes. Pero qué, si quieres algo malo, ¿acaso no será, si te lo niega, más misericordioso? En fin, si no te lo concede, Dios es un mito para ti y dices: ¡Cuánto rogué, rogué sin cesar y no fui oído! ¿Qué cosa pedías?... Yo, dices, no pedía la muerte de mi enemigo, sino la vida de mi hijo.

¿Qué mal pedía? Ninguna cosa mala pedías según tu parecer, ¿pero y si fue arrebatado para que la malicia no corrompiese su entendimiento? (Sap 4,11)... Si lo ignoras, vuelve a tu corazón y deja su designio a Dios. ¿Qué haré, dices? ¿Qué cosa pediré? ¿Qué pedirás? Lo que el Señor te declaró; lo que el Maestro celeste te enseñó. Invoca a Dios como Dios; ama a Dios como Dios; no hay cosa mejor que Él. Deséale, anhélale...

Si quieres amar a Dios, ámale con los más sinceros, profundos y castos anhelos; ámale, inflámate en su deseo, codicia a Aquél, que no encontrarás ni más grato, ni mejor, ni más deleitable, ni más durable. ¿Qué cosa más duradera que lo que es eterno? No temerás que en ningún tiempo perezca para ti el que hace que no perezcas tú. Si tú invocas a Dios como Dios, es decir sólo por ser Dios, estate seguro; serás oído (*in Ps 85,8*).

217. *Mi voz se dirige a Dios. ¿Y tal vez sin motivo? Oye lo que sigue: para que me oiga (Ps 76,2). Sin duda te oye cuando le buscas a Él, mas no cuando por Él buscas otra cosa. Se dijo de ciertos individuos que llamaron y no hubo quien los salvase; clamaron al Señor y no los oyó (Ps 17,42). ¿Por qué? Porque su voz no se dirigió al Señor... No invocaron al Señor para que fuese suyo, es decir, no invitaron al Señor a entrar en su corazón; no quisieron que habitase en ellos el Señor. Y por eso ¿qué les sucedió? Allí temblaron*

de miedo donde no había temor (Ps 13,5). Temblaron por la pérdida de las cosas presentes, porque no estaban llenos de Aquél a quien invocaron. No le amaron gratis para poder decir ante la pérdida de las cosas temporales: *como a Dios agradó, así se hizo; sea bendito el nombre del Señor* (Iob 1,21). Luego éste dice aquí: *Mi voz se dirigió al Señor, y me oyó*. Enséñenos Él como acontezca (*in Ps 76,2*).

Dios está cerca de quienes le invocan con verdad

218. Debemos alabar a Dios esperando que nos ha de dar algún galardón; pero no cuanto anhelamos, pues es padre, y, por tanto, no da lo malo que desean los hijos. Alabemos, esperemos y deseemos, no esto o aquello, sino lo que cree conveniente que ha de darse Aquél a quien alabamos. Él sabe lo que conviene ha de darnos; nosotros atendamos a lo que nos aprovecha recibir (*in Ps 146,1*).

219. *El Señor es justo en todos sus caminos* (Ps 144,21). Es justo cuando castiga y cuando cura, puesto que en Él no hay iniquidad. En fin, todos los santos que se hallaron en medio de las tribulaciones, primeramente ensalzaron la justicia de Dios y después pidieron sus dones. Primero dijeron: «Justo es lo que haces». Así rogó Da-

niel, así los demás santos: «Justos son tus juicios; padecemos merecidamente, padecemos con razón» (Dan 3,27-31; 9,5-19). No achacaron injusticia a Dios, no le atribuyeron iniquidad e ignorancia. Primeramente alabaron al que castigaba, y así percibieron al que alimentaba... Nadie le tenga por injusto cuando quizá padece algún mal; al contrario, alabe la justicia de Dios y vitupere su propia iniquidad (*in Ps 144,21*).

220. Conviértete; acúsate a ti y alábale a El. Serás justo cuando Dios te agrade en todas las cosas que hizo y no te desagrade en todos los males que padezcas. Esto es invocar a Dios con verdad. Los que así invocan a Dios son oídos, pues *está cerca*, es decir, si aún no te dio lo que quieres; con todo, *está allí*. Obra como el médico, que, cuando coloca un emplasto en los ojos, en las entrañas, para que quemando sane, al pedirle el enfermo que se le quite, él espera el tiempo propicio; no hace caso de lo que le pide el enfermo; sin embargo, no se aparta de él. *Está cerca* y no actúa; y precisamente no actúa porque *está cerca*. Para curar aplicó lo que aplicó y para curar no accede a lo que se le pide. No te oye en cuanto al deseo actual por atender a la futura salud; con todo, te oye conforme a tu anhelo, porque, sin duda, quiere sanar el que no quiere ser quemado. Luego *el Señor está cerca de todos los que le invocan* (Ps 144,18). Pero ¿de qué todos? De todos

los que le invocan *con verdad*. A todos estos que caen y que invocan a Dios con verdad, Dios los levanta (*in Ps 144,22*).

221. *Hará la voluntad de los que le temen* (Ps 144,19). La hará, la hará; y, si no la hace ahora, la hará después. Sin duda, si tú temes a Dios de suerte que haces su voluntad, ve cómo en cierto modo, al servirte a ti, hace tu voluntad (*in Ps 144,23*).

222. Véis que hay severidad en Aquél en quien hay también dulzura inmensa. Salvará a todos los que esperan en Él, a todos los creyentes, a todos los que le temen, a todos los que le invocan con verdad: *Y destruirá a todos los impíos* (Ps 144,20). ¿A qué impíos? A los que perseveran en los pecados, a los que se atreven a vituperar a Dios, no a sí mismos; a los que hablan siempre contra Dios... Vendrá tiempo en el que todos éstos sean separados y se constituyan aquellas dos porciones, una a la derecha y otra a la izquierda, recibiendo los justos el reino eterno, y los impíos el fuego eterno (*in Ps 144,24*).

Quando se buscan los bienes eternos

223. Llegue a ti mi oración dirigida y encauzada por el deseo de los bienes eternos. A tus oí-

dos; ayúdala para que llegue, no sea que se desvanezca en medio del camino y, como apagada, perezca. Y, aunque ahora no adquiere los bienes que te pido, estoy seguro que más tarde los adquiriré (*In Ps 53,5*).

224. Porque ya no me dirijo a la felicidad terrena, pues aprendí el santo deseo del Nuevo Testamento. No pido ni la fecundidad de la carne, ni la salud temporal, ni la sumisión de los enemigos, ni las riquezas, ni los honores; nada de esto pido; por eso *óyeme pronto* (*Ps 137,3*). Porque me enseñaste lo que he de pedir, dame lo que pido (*in Ps 137,7*).

225. Sepa vuestra caridad que todo fiel que conserva en su corazón la palabra de Dios; que vive plausiblemente para que no sea injuriado el nombre de su Señor por él; que teme el futuro juicio de su Señor con pavor, con todo, pide también muchas cosas según el sabor de este mundo, y no es oído; pero, cuando pide en orden a la vida eterna, siempre es oído. ¿Quién hay que no pida la salud cuando enferma? Y, sin embargo, quizá todavía le conviene la enfermedad. Puede suceder que en esto no sea oído. No eres oído atendiendo a tu voluntad para serlo atendiendo a tu utilidad. Por el contrario, cuando pides que Dios te dé la vida eterna, que te conceda el reino de los cielos y te permita estar a la derecha de su

Hijo cuando viniere a juzgar a la tierra, estáte seguro; lo recibirás aunque no lo hayas recibido. Todavía no ha llegado el tiempo de recibirlo. Eres oído y lo ignoras. Lo que pides se te dará, pero no sabes cuando. Aún es promesa, no dádiva (*in Ps 59,7*).

226. Por el hecho de vivir en este mundo, algunas veces nos viene la idea de pedir cosas cuyo perjuicio desconocemos. Pero nunca tengamos el deseo de que no sean concedidas, si queremos permanecer en Cristo, el cual no nos concede sino aquello que nos conviene. Permaneciendo, pues, en Él y teniendo nosotros sus palabras, pediremos cuanto queramos, y todo nos será concedido. Porque, si no obtenemos lo que pedimos, es porque no pedimos lo que en Él permanece ni lo que se encierra en sus palabras, que permanecen en nosotros, sino que pedimos lo que desea nuestra codicia y la flaqueza de la carne, que no se halla en Él, ni en ellas permanecen sus palabras, entre las cuales está la oración que nos enseñó a decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. En nuestras peticiones no nos salgamos de las palabras y del sentido de esta oración, y obtendremos cuanto pedimos. Porque sólo entonces permanecen en nosotros sus palabras, cuando cumplimos sus preceptos y vamos en pos de sus promesas (*in Ioan 81,4*).

227. El no oírme no es para mi necesidad, sino para que entienda. ¿Qué significa: Y no me oirás para que entienda? No me oirás tocante a las cosas temporales para que entienda que de ti deben desearse las cosas eternas. Luego Dios no abandona; y, cuando parece que abandona, quita lo que deseaste mal y enseña lo que debes desear bien. Si Dios nos favoreciese siempre en los bienes temporales, de suerte que abundásemos en todos ellos, y no soportásemos en el tiempo de nuestra mortalidad tribulaciones, diríamos que éstos son los únicos y supremos bienes que da Dios a sus siervos y no anhelaríamos otros mayores. Por eso a esta vida engañosamente dulce la mezcla con las amargas de las tribulaciones, para que se busque la otra, que es saludablemente dulce (*in Ps 43,2*).

«Clame tu indignancia, no tu desdén»

228. Aplicaos a la oración; confesad vuestros pecados; pedidle a Dios que se os borren; pedidle que vayan a menos; pedidle que mengüen según avanzáis vosotros; pero ante todo, no perdáis la esperanza (*serm 135,6,7*).

229. Así, pues, lava tu rostro interior, hágase

en tu corazón lo que se hizo en tu cara, y verás que oye Dios a los pecadores (*serm 135,5,6*).

230. Lo primero que has de hacer es reconocer tus pecados para preparar la habitación a quien invocas. Tu corazón está rebosante de maldad. La confesión deshace la impureza que arrastras en tu interior y limpia la casa adonde ha de venir a quien invocas. Quien invoca antes de confesar sus pecados quiere hacer una injuria a aquél a quien invoca. Si no te atreves a invitar a tu casa a algún santo sin antes haberla limpiado para que sus ojos no se ofendan, ¿osas invocar el nombre de Dios para que venga a tu corazón, lleno como está de maldad, sin antes haber eliminado toda iniquidad interior mediante la confesión de tus pecados? La confesión, hermanos míos, nos humilla; una vez humillados, nos justifica; justificados nos exalta. Si somos soberbios, Dios nos resiste; si somos humildes, Dios nos exalta (*sermo Mai 16,4*).

231. Porque confesé, porque dije: *Fui arrojado de la presencia de tu vista* (Ps 30,23); porque no persistí soberbio, sino que manifesté mi corazón y, titubeando, en mi tribulación te invoqué, oíste mi oración... Considera el hecho de Pedro; ve al Señor andar sobre las aguas, y juzga que es un fantasma. Dice el Señor: Yo soy, no temas. Pedro confió y dijo: Si eres tú, mándame ir a ti

sobre las aguas; y probaré si eres tú si por tu palabra pudiera lo que puedes tú. Jesús le dice: Ven, y la palabra del que mandaba se convirtió en poder para el que oía. Ven, dijo, y se echó al agua; comenzó a caminar, marchaba intrépido confiando en Él; pero al sentir un fuerte viento temió... Y como hubiera comenzado a sumergirse, clamó: Señor, perezco. Mas Jesús, alargándole la mano, le levantó diciendo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (Mt 14,26-32). *Dije en mi pavor: Fui arrojado de la presencia de tu vista; y como si ya comenzase a sumergirme en el mar, oíste, Señor, la voz de mi oración. Me oíste al llamarte (Ps 30,23). El llamar a Dios no se hace con la voz, sino con el corazón. Muchos, teniendo enmudecidos los labios, clamaron con el corazón; muchos, moviendo la boca, no pudieron suplicar cosa alguna al tener el corazón apartado de Dios. Si clamas, clama interiormente donde oye Dios. Pues dice: al llamarte, oíste mi oración (in Ps 30,s.3,10).*

232. Y porque era Él, oyó al que pedía, dio lo que deseaba, llamó al que caminaba y levantó al que se sumergía. El Señor hizo estas cosas maravillosas; contémpalas. La fe es el ojo del espectador. Haz tú mismo tales cosas, porque, dado caso que se levante viento huracanado, bramen las olas y la debilidad humana tambalee por alguna

duda referente a la salud, tienes a quien clamar y decir: Señor, perezco (*in Ps 39,9*).

233. ¿Quieres ser oído? Sé pobre. Clame tu dolor, tu indignancia, no tu desdén. *Porque el Señor oyó a los pobres y no despreció a sus encarcelados* (Ps 68,34). Al ser ofendido por los siervos, los encarceló, pero no despreció a los que clamaron de entre los grillos. ¿Cuáles son estas cadenas? La inmortalidad, la corruptibilidad de la carne; éstas son las cadenas con que estamos ligados. ¿Queréis conocer el peso de estas cadenas? *El cuerpo corruptible sobrecarga al alma* (Sap 9,15). Cuando los hombres quieren ser ricos en este mundo, buscan andrajos para estas cadenas. Sean suficientes los harapos de las cadenas. Busca sólo lo necesario para satisfacer la necesidad. Cuando buscas cosas superfluas, intentas hacer más pesadas tus cadenas. Queden sólo estas cadenas en tal cárcel. Baste al día su propio quebranto. Por esta aflicción clamamos a Dios (*in Ps 68,s.2,18*).

234. ¿Pensáis que el viento es contrario, cuando surge la adversidad de este siglo? Cuando hay guerras, tumultos, hambre, peste; cuando aun a cada hombre privado le sobreviene una calamidad, entonces se piensa que el viento es adverso y se estima que entonces hay que invocar a Dios. En cambio, cuando el siglo sonríe con la fe-

licidad temporal, se estima que el viento no es contrario. Consulta, pero a tu cupicidad. Mira si reina en ti la tranquilidad; mira si no te dobla un viento interior; mira esto. Gran virtud es luchar con la felicidad, para que no domine, para que no corrompa, para que no sumerja. Gran virtud, repito, es luchar con la felicidad. Gran felicidad es no dejarse vencer por la felicidad. Aprende a conculcar el siglo; acuérdate de confiar en Cristo. Y si tu pie se moviere, si vacilas, si no logras superar algo, si comienzas a hundirte, di: *¡Señor, perezco, sálvame!* Di: *Perezco*, para que no perezcas (*serm 76,6,9*).

CONCLUSION

Las condiciones de la buena oración, en su carta a Proba las resume San Agustín de este modo: «Ora con esperanza, ora con fidelidad y amor, ora con perseverancia y paciencia, ora como viuda de Cristo» (*ep* 130,16,29). Para el Obispo de Hipona, decíamos, la oración es el grito del alma que, al amparo y bajo el impulso de la fe, esperanza y caridad, llega a Dios. Pero el creyente nunca puede olvidarse de la condición limitada de su existencia, transida de males y temores. Por eso en su oración hay llanto y gozo, confesión y alabanza, un descargar ante Dios las pesadumbres de la vida y agradecimiento. «No siempre la confesión es de pecados, pues también se manifiesta la alabanza de Dios. Aquélla llora, ésta se alegra; aquélla muestra la herida al médico, ésta da gracias por la salud recuperada» (*in Ps* 110,2). Al acto de liberar la conciencia infectada de los malos tumores, la confesión, acompaña inseparable el clamor del espíritu que glorifica a Dios e invoca su nombre, pidiendo socorro y ayuda (*in Ps* 104,1).

Confesión e invocación, alabanza de Dios y sú-

plica a quien puede a todos proveer, recogen los momentos fundamentales que dibujan el contorno dinámico de la oración agustiniana.

«Confiesa e invoca»

235. Bueno es Aquél a quien se confiesa. Precisamente exige la confesión para librar al humilde y condena al que no confiesa porque castiga al soberbio. Luego estás triste antes de confesar; regocíjate después de haber confesado; ya sanarás. Tu conciencia almacenó pus, se hinchó con el tumor; te atormenta, no te permite el descanso. El médico aplica el fomento de la receta y alguna vez saja, aplica la lanceta medicinal para hacer que desaparezca la tribulación. Te admite la mano del médico; confiesa, salga en la confesión, brote afuera toda la podredumbre y alégrate, porque lo demás pronto se cura (*in Ps 66,7*).

236. No invoques a Dios antes de confesar; confiesa e invoca. Al que invocas le llamas hacia ti. Pues ¿qué es invocar? Llamar hacia ti mismo. Si se invoca por ti, esto es, si se le llama hacia ti, ¿a quién se acerca? No se acerca al soberbio. Sin duda que Él es altísimo; el soberbio no llega a tocarle... Él es altísimo, y es alcanzado por los humildes. Se escribió: *El Señor está cerca de aquellos que quebrantaron su corazón* (Ps 33,19). El

quebrantamiento del corazón es la piedad, es la humildad. Quien se contrista se aira contra sí mismo, se enoja contra sí mismo, para tener a Dios propicio; se constituye en juez de sí mismo para tener a Dios por defensor. Invocado Dios, viene. ¿A quién viene? No al soberbio...

Oye qué dice el que ora para que le perdone: *Aparta tu rostro de mis pecados* (Ps 50,11). ¿Qué has de hacer si hubiese apartado su rostro de ti? Es cosa funesta, y ha de temerse que te abandone. Por otro lado, si Dios no aparta su rostro, adviérte. Dios sabe hacer estas dos cosas, puede hacerlas, puesto que puede apartar su rostro del pecador y no apartarle del penitente. Por eso se le dice en el salmo: *Aparta tu rostro de mis pecados*; y en otro: *No apartes tu rostro de mí* (Ps 26,9). Allí se dice: *Apártale de mis pecados*; aquí: *No le apartes de mí*. Luego confiesa e invoca. Confesando limpias el templo adonde ha de venir el invocado. Confiesa e invoca. Aparte su rostro de tus pecados, no lo aparte de ti; aparte su rostro de lo que hiciste, no lo aparte de lo que Él hizo. Él te hizo hombre, tú hiciste el pecado. Confiesa e invoca (*in Ps 74,2*).

237. Confesad al Señor e invocad su nombre. Esta confesión equivale a la alabanza, como cuando se dice: *Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra* (Mt 11,25). Pues, yendo adelante la alabanza, suele seguir luego la invocación,

donde van prendidos los deseos del suplicante; y por eso aún la misma oración dominical tiene al principio una brevísima alabanza, que es: *Padre nuestro, que estás en los cielos* (Mt 6,9). Y luego vienen las peticiones (*in Ps 104,1*).

La oración del humilde

238. ¿Y qué hice al ver que de ti procede toda dádiva buena y que todo don perfecto dimana de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en quien no hay mudanza ni alternativa de sombra? Al ver esto, apartándome de la obra mala que había hecho en mí, *extendí a ti mis manos: mi alma, como tierra sin agua tiene sed* (Ps 142,6). Envíame, Señor, tu lluvia para que lleve buen fruto. Porque el Señor dará humedad para que fructifique nuestra tierra. Mi alma es como tierra de secano delante de ti. Puedo tener sed de ti, pero no puedo regarme a mí mismo (*in Ps 142,11*).

239. ¿A qué viene esta tardanza cuando siento la sed de esta manera al inflamarse mi sed? Retardabas la lluvia para que me embriagase bebiendo con avidez y no desdeñase lo que dejabas caer. Luego, si lo diferías por esto, dámelo ya, porque mi alma, como tierra sin agua, tiene sed de ti... Lléneme tu Espíritu, porque desfallece el

mío. El motivo de que me oigas al punto es porque desfallece mi espíritu. Ya me hice pobre de espíritu; dame la bienaventuranza de los cielos... No se prolongue mi pobreza (*in Ps 142,12*).

240. Era cierto que toda mi abundancia procedía de ti; y para probar que se debía a ti *apartaste tu rostro de mí y me conturbé* (*Ps 29,7*). Después de esta perturbación en la que caí, porque apartaste tu rostro de mí; después de la pesadumbre de mi espíritu, después de haberse perturbado en mí mi corazón, porque apartaste tu rostro, ya me hice como tierra sin agua, que tiene sed de ti. No apartes tu rostro de mí: lo apartaste del soberbio, vuélvelo al humilde (*in Ps 142,13*).

S. FOLGADO FLÓREZ

BIBLIOGRAFIA

- NEBREDA, E.: *De oratione secundum Divum Augustinum summosque Doctores Ecclesiae Joannem Chrysostomum et Thomam Aquinatensem*, Bilbao, 1934.
- CAYRÉ, F.: *La méditation selon l'esprit de S. Agustin*, París, 1934.
- BRAMBILLA, F.: *La necessità della preghiera. La dottrina cattolica a la luce di S. Agostino*, Roma, 1943.
- BESNARD, A. M.: *Les grandes lois de la prière. S. Agustin Maître de la prière*, en «La vie spirituelle», 101 (1959) 237-280.
- MONTAÑO GARCÍA, G.: *La eficacia de la oración según la doctrina de San Agustín*, Madrid, 1966.
- CAPÁNAGA, V.: *Agustín de Hipona*, Madrid, 1977, pp. 353-374.
- VILLEGAS, M.: *La oración en San Agustín*, en «La Ciudad de Dios», 175 (1962), 624-639.
- MANRIQUE, A.: *Teología de la vida religiosa*, Real monasterio de El Escorial, 1964, pp. 227-237.
- CERIOTTI, G.: *La preghiera dei Salmi in S. Agostino*, en «Renovatio», 16-17 (1981-1982), 535-561, 80-117.
- CIPRIANI, N.: *La pedagogia della preghiera in S. Agostino*, Palermo-Rocca, 1984.
- DE LUIS, P.: *La oración agustiniana*, en «Confer. Revista de vida religiosa», 16 (1987), 107, 126.